

UNO AL SESGO

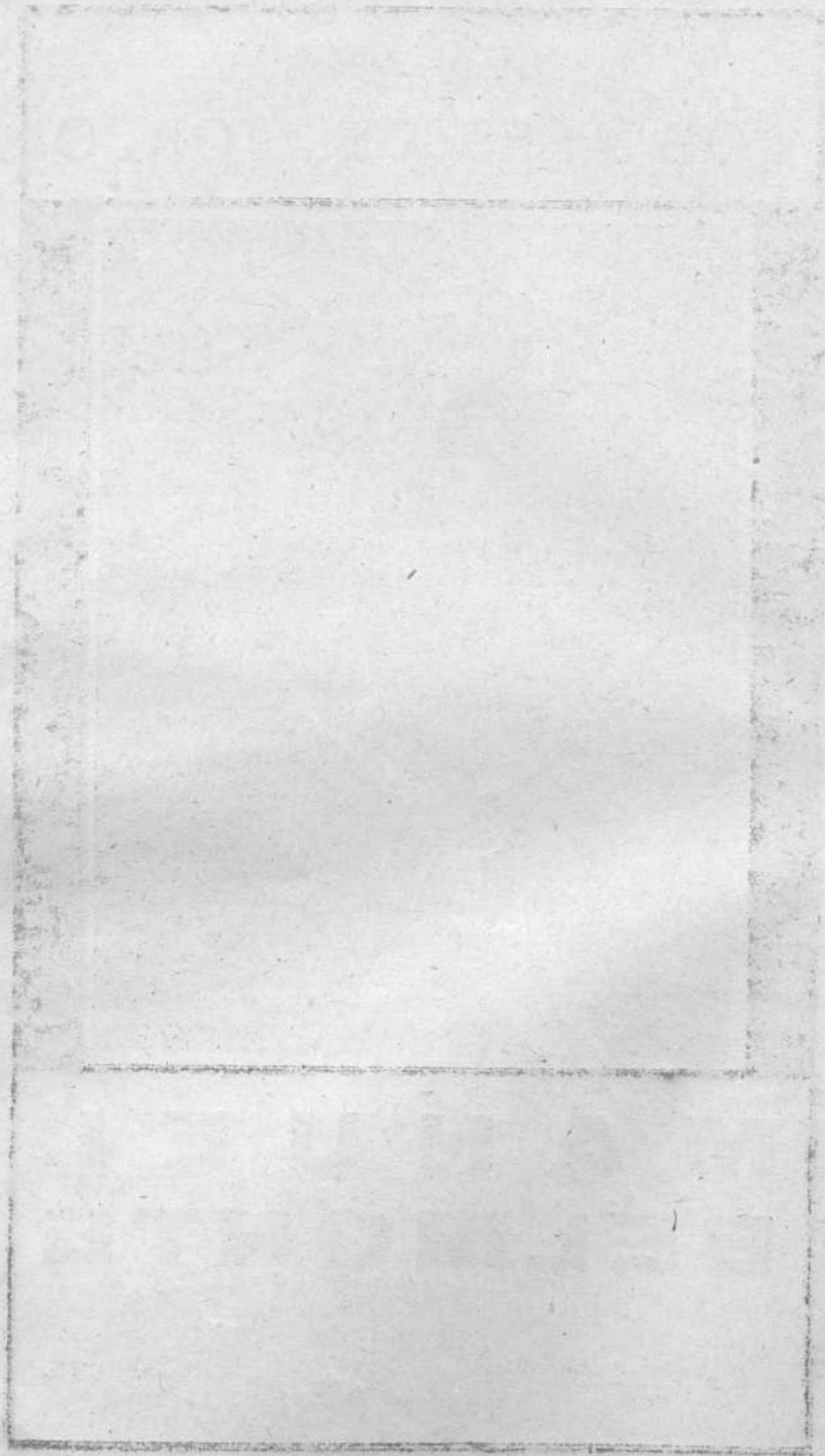
LOS ASES DEL TOREO



MANUEL BELMONTE

Gas Hnos. & Mercader
Editores

30 cts.



UNO AL SESGO

LOS ASES DEL TOREO

ESTUDIO CRÍTICO BIOGRÁFICO
DE LOS PRINCIPALES DIESTROS
DE LA ACTUALIDAD



EDICIONES ALFA
Córcega, 260 - Barcelona

1921

COMUNIDAD

DE LOS DEPARTAMENTOS

ES PROPIEDAD



Manuel Belmonte y García

*Al entusiasta aficionado
Pepe Hernández.*

EL AUTOR

I

Manuel Belmonte pertenece a la categoría de los toreros chicos; es decir, a una categoría de toreros con los que el público cree ser tolerante y es, por el contrario, muy exigente.

El torero chico lucha con el gran inconveniente de la escasez de estatura para ejecutar los lances en primer término y sin excepción, en muchos casos con lo grotesco de su figura, en determinados con la falta de fuerza en relación con la violencia del ejercicio a que se dedica; lucha con esas y otras desventajas y con ninguna ventaja. Y el público, que los encuentra muy graciosos una tarde y que en otra admira sus ratimagos y martingalas, a la tercera olvida que no puede ser su toreo el de los que dominan y se acabaron las contemplaciones.

De treinta años a esta parte ahí están *Minuto*, *Bebe-chico*, *Punteret*, para no hablar más que de los

"chicos en grande", o mejor de los "grandes en chico", que no me dejarán mentir.

Hay que recordar lo que Enrique Vargas ha hecho y ha sido en el toreo. Inteligencia, valor, arte, maña, amor propio, todo en cantidades elevadas, y nada ha valido para suplir aquellos cuatro dedos de que un día le hablara Mazzantini. Pudo en esa tarde, según se desprende de la anécdota, contestar Enrique a don Luis, después de dar cuenta de sus toros, que "aun le habían sobrado otros cuatro dedos"; pero en realidad de verdad, la mayoría de las veces le estuvieron haciendo falta.

El diestro chico se ve obligado a adoptar el toreo a sus posibilidades, y aunque esto es a la postre lo que los "grandes" hacen, porque lo de las reglas fijas se reduce a media docena de principios que son como si dijéramos los fundamentos sobre que se basa la tauromaquia, y todo lo demás es eso: adaptación del toreo a las condiciones del lidiador, que por razones de temperamento, arquitectura ósea, fuerza muscular, valor, etc., y no por *sevillanismo* ni *rondeñismo*, se moverá o parará al ejecutar las suertes; el diestro chico, decíamos, se ve obligado, más que cualquier otro, añadiremos, a crear un toreo a su manera en el que los lances toman el carácter de un remedo gracioso unas veces, cómico no pocas, no obstante serle preciso realizarlos con más valor al torero de corta estatura que al de estatura normal, pues la huida, el miedo, en el chiquitín, se nota mucho más y resulta mayor el ridículo, pues cortos de piernas y cortos de brazos, al ponerse en defensiva no tiene disimulo posible el distanciamiento de la res.

Eso explica la poca dura de toreros tan hechos y de excelente estilo, como *Bebe-chico* y *Punteret*, el de Madrid, aunque al de Játiva también podría ponerse en la lista.

Así que se desconfiaron algo, se acabaron.

Minuto, en cambio, listo, travieso, mañoso, alegre, pintoresco, valiente, pudo vivir en los ruedos algunos años más y siempre se habría visto su presencia en ellos con gusto.

Y es que Enrique, con la valentía de que le era dable disponer y la maña y la experiencia, aquí con un arresto, allí con un truco, se defendía admirablemente y daba la sensación que al aficionado más satisface: la de la voluntad y el buen deseo.

Eso es lo que hasta ahora va salvando a Manuel Belmonte y esas son cualidades que nadie le podrá regatear a este torero chico que, además, tiene la desventajosa ventaja de ser hermano de una gran figura de la tauromaquia.

Y digo desventajosa ventaja, porque que ésta existe no cabe duda. La influencia de Juan proporciona a Manuel no pocas corridas; pero el público que asiste a ellas y que sin acordarse de si el chiquillo tiene o no méritos para figurar en el cartel, considera su presencia como una imposición, le es en cierto modo hostil y aun más que eso, le da escasa importancia a su actuación, viéndose el torero en el caso de hacer su conquista cada tarde.

Para probarlo, bastará recordar que *Belmontito* ha conseguido triunfos en diversas plazas de España, y en una de las que más, Barcelona; pues bien, yo estoy seguro que en ninguna tiene otro cartel que el de hermano de Juan.

Otros, habiendo hecho menos, han conquistado nombre y fama en determinados puntos.

En todo esto me fundaba para decir que si la sombra de Juan era favorable a Manuel en el aspecto financiero, en el artístico le perjudicaba.

Es muy posible que haya error en mi apreciación.

Mucho lo lamentaría, pero no tengo otra y con ella se habrá de conformar el lector, por ahora, sin tomarme en cuenta, si quiere conocer la vida y milagros

de este torerito, pues a contar de aquí "tóo seguío, tóo seguío", va a ocuparnos su biografía, que empieza así:

Manuel Belmonte y García, nació en Sevilla en octubre de 1899.

Hermano de Juan, como se ha dicho, en esta familia se ha repetido el caso frecuentísimo de muchas otras de toreros, esto es, que abrazada la profesión por uno de los hijos los otros hayan seguido el ejemplo.

Después de todo eso es lo que acontece en la mayoría de las carreras y oficios también.

En la tauromaquia, desde sus comienzos, se viene observando el fenómeno.

Francisco Romero, su hijo Juan y los hijos de éste Pedro, José, Gaspar, etc., rompen la marcha; los Palomo; José Cándido y su hijo Jerónimo José; la familia de los Herrera, emparentada luego con los Arjona, y los Sánchez, toreros también de casta; los Carmona, José, Manuel y Antonio; los Luque, Bejaranos, Fuentes, Rodríguez, Molina, Rafael, Manuel Juan y Francisco hermanos, Rafaelito, *Frasqui* y *Lagartijo III*, hijos de Juan; los tres *Fabrilos*; *Bombita*; Antonio Fuentes y sus dos hermanos; los dos *Dominquín*; y *Machaquito* y su hermano; José el Gallo y su hermano Fernando, los tres hijos de éste, Rafael, Fernando y José; Frascuelo y su hermano Paco; los cuatro hermanos Freg; los cuatro hermanos Posada; los dos hermanos Vázquez; las familias Ortega y Díaz de Cádiz; Mazzantini y su hermano Tomás; los tres hermanos *Torquito*...

Cito de memoria; indudablemente me he dejado algunas docenas por nombrar; pero para mi objeto, es decir, para probar que Manuel y José Belmonte, al hacerse toreros porque lo es Juan, han obrado como la mayoría de hermanitos, basta con los precedentes que quedan consignados.

Era ya famosísimo el mayor, aunque el mayor fué

famosísimo desde el mismo día en que se dió a conocer en Sevilla, pero he querido decir, que ya estaba Juan consagrado como torero de primera magnitud, cuando en un tentadero, al que asistía y le acompañaba Manolo, decidieron a éste a torear una becerra, y no fué poco decidirle, porque el chiquillo sentía un miedo muy grande y no se mostraba en modo alguno dispuesto a la probatura.

Pero probó, y después de un par de revolcones se encoraginó y ya se sintió con ánimos para lo sucesivo.

El aprendizaje lo hizo Manuel toreando de salón, en los tentaderos y en seguida como matador en la cuadrilla de niños sevillanos que con anuencia del padre organizó el antiguo mozo de estoques de Ricardo Torres *Bombita*, José Borja, *Bojilla*.

El segundo de los Belmonte no vivió ese pintoresco y triste capítulo de la historia del torero, en que se trata de sus aventuras de aficionadillo, y que de manera tan gráfica ha pintado Alejandro Pérez Lugín en su *Currito de la Cruz*, acaso el único libro que merezca el nombre de novela del torero, por lo documentada y lo exacto de la observación.

Manolo Belmonte no necesitó, como *Currito*, lanzarse "a las malandanzas, miserias y humillaciones que acompañan a los torerillos en agraz en su penoso aprendizaje, huyendo como criminales de los tricornos de los civiles; conociendo por el tamaño de sus garrotes y la fuerza de sus puños, antes que por sus apodos, a los guardas jurados de media Andalucía, y descansando en el duro suelo de cárceles pueblerinas las dolorosas palizas de los toros viejos corridos en cien capeas, o de los mozos salvajes, que se consideraban defraudados cuando no se dejaban coger.

No padeció "las inacabables caminatas a pie con hambre y sed; las noches sin cama ni techo; la hostilidad de los sudorosos jornaleros del campo, que

los veían vagamundear con odio, considerándolos una mofa burguesil de su aperreada vida, al par que con envidia por las esperanzas de redención, vedada a su cobardía, que representaban; todo el áspero camino, en fin, que han de seguir los que aspiran a desposarse con la gloria en la plaza de toros.

No recorrió, como aquel torerillo y su compañero, "en un itinerario absurdo y accidentado media Andalucía y las provincias limítrofes, desde Cumbres Mayores, en Huelva, a Yeste, en la de Albacete, tan pronto en los topes de los trenes, debajo de los asientos o en las garitas de los guardafrenos, como baqueteados en los carros de los trajinantes compasivos, o a pie, legua tras legua, "jasiendo piernas". En Fuentes de León conocieron a la señá Catalina, la bondadosa posadera, "madrina" de todos los torerillos, célebre en los anales taurinos por su protección al *Espartero* cuando, en sus comienzos, corría el mundo de capea en capea. Admiraron en Cumbres el valor de los mozos, que aguardaban a la puerta del chiquero, en dos filas fronteras, la salida del toro para clavarle al pasar los arponcillos que llevaban en la mano, dispuestos a la cornada antes que a merecer el dictado de cobardes. Supieron en Orcera de la crueldad de las mujeres, oyéndolas llamar desde el seguro de sus carros o sus balcones, acaso obedientes a un sentimiento rencoroso, a los mozos con novia —"¡Que salga el novio Fulano!"—para que pusieran el sombrero en el testuz del toro en demostración de su valor. Y luego pedían, para castigar la cobardía de los jóvenes, que salieran los viejos que fueron lejanamente novios de alguna, tal vez de la que ahora, todavía despechada y vengativa, los llamaba a realizar la hazaña, con sobresalto del médico, del boticario y hasta del sepulturero. Más allá tuvieron nuevo ejemplo de la bondad del corazón femenino, viéndolas clavar sus agudos alfileres de cabeza en las manos

de los mozos que, huyendo del toro, se encaramaban a los carros o a las rejas. Y cuanto más expuesto era el descenso por la proximidad de la fiera, más sañudos los alfilerazos y más fuertes las carcajadas. Encontraron en Siles extrañas costumbres. En aquel torear sin descanso durante dos días a los toros de muerte, hasta amansarlos en términos de poder conducirlos procesionalmente, amarrados por los cuernos con largas y gruesas cuerdas de las que tiraba todo el pueblo, a la ermita del Santo, ante la cual eran sacrificados para que el cura los repartiese, en trozos, entre los vecinos y los torerillos, que recibían su ración con el ansia y la alegría de quien tiene por cuaresma el año entero. En Cabezarados, donde se verificaba el primer encuentro de la temporada caperil de los torerillos madrileños y andaluces, tuvieron la inevitable riña con los postineros cortesanos, que presumían más que un debutante cortando orejas porque se desayunaban con "calentitos" y chocolate de la Colonial, "como la listocrasia", y tenían labia para "co-bear" a los alcaldes y llevarse la muerte del toro, y viveza para largarse de las posadas sin pagar, bien alimentados con sabrosas magras, riéndose de las "papas en paseo" o patatas viudas, como por estos reinos de Castilla se las llama, que constituían el lujo gastronómico de los fenómenos andaluces. Y, en fin, pasaron por cien pueblos más, de memoria varia, de muchos de los cuales no volvieron a recordar el nombre, que nunca tampoco supieron con certeza, bastándoles para sus referencias con las noticias de algún suceso que en ellos les acaeciera. "El pueblo aquel donde al gazpacho le llaman "el resplandó" y "no convidan a nadie". Aquel otro donde el zapatero le dió dos reales a Currito por pasarse un día leyéndole, a golpes y tropezones, en un tomo grasiento sin principio ni fin ni casi medio, la mutilada historia de Luis Candelas, mientras *Gazuza*, bajo la mirada

desconflada y exigente del maestro, machacaba sin descanso suela y más suela, por la promesa de la comida, ni buena ni abundante. El villorrio manchego en donde todos los que entraban en la posada a verlos, como si fueran bichos raros, les saludaban con las mismas preocupadoras palabras, entre risotadas de maligna esperanza: "¡Un toro más majo os han traído! ¡Ya ha matao a un mozo al encerrarlo! ¡A ver si os mata luego a alguno de vosotros! Pué que sea a éste. O a éste que traga con tanta hambre—señalando a *Gazuza*—. ¡No comas más, que pa lo que te quea de vida!..."

Ese capítulo con el que he querido agasajar al lector, tomándolo íntegro de la hermosa novela de *Don Pío*, no lo ha vivido *Belmontito* ni falta que le ha hecho, pues de esos lances, como de los de la bohemia entre los artistas, preferible es ser espectador que actor.

II

José Blanco, *Blanquito*, y Manuel Belmonte, "echaron" a torear por esas plazas y se empezó a hablar de la parejita, con más encomio del segundo, quien sabe si por el apellido o porque se arrimara más a los becerros y les hiciera más cosas.

Cuando ya en 1918 se decidieron a torear novillos con cierto respeto, hicieron su presentación en las plazas importantes, entre ellas la de Barcelona donde torearon por primera vez el 24 de marzo, repitiendo al día siguiente, ambas corridas en la Barceloneta, circo en el cual actuó nueve veces más y una en la Monumental, que dan un total de doce novilladas en

dicha temporada en la ciudad de los condes, y ese crecido número explica la importancia que para los novilleros tiene el hacerse con el cartel de Barcelona. —como en estas biografías ha habido más de una ocasión de demostrarlo al hablar de *Saleri*, *Fortuna*, *Dominguín*, etc.

El 29 de junio toreó por vez primera en Madrid, y al día siguiente lo hizo en Sevilla.

En total, en ese año sumó 55 novilladas, que no creo haya habido otro novillero que las cuente en su haber, ni aun tratándose de su hermano Juan, o el gran Joselito.

Al finalizar el año el buen amigo mío *Don Ventura*, juzgaba la campaña de Manuel en la siguiente forma en *Toros y toreros* en 1918:

“Menudito, muy picardeado en estas cosas y que—según frase que se le atribuye a su hermano—sabe más de lo que le conviene. Apunta cosillas finas, hace otras muy bien y tira sus adornos que hacen más gracia por el donaire y lo diminuto que es el chico.

Su principal centro de operaciones al empezar la temporada fué la antigua plaza de Barcelona y la influencia del apellido y las facilidades que le procuraron, le fueron dando una preponderancia muy grande.

Se habló ya de su alternativa, pero ha terminado la temporada sin llevarse a efecto la misma, sin duda en espera de que pueda otorgársela su hermano.”

No debía ser, pues el 2 de febrero de 1919, en la plaza de toros de Alicante, Juan, que en ese día reanudaba en España sus tareas tauromáquicas, después de un año de ausencia de los cosos españoles, le dió la alternativa a su hermano Manuel, cediéndole la muerte del primer toro de la tarde, perteneciente a la vacada de la testamentaría de don Antonio Campos, *Juguetón* de nombre y negro de pelo.

Toreaba con ambos hermanos Diego Mazquiarán

Fortuna, y como la tal corrida revistió caracteres de acontecimiento por lo que respecto a Juan queda consignado, la solemnidad la presenciaron aficionados de toda España y la plana mayor del revisterismo madrileño, y algún que otro cronista taurómico de Valencia, Barcelona, etc., pues había expectación por conocer cómo volvía el gran Belmonte de su larga excursión a América, y como los franceses dicen "a tout seigneur tout honneur".

Únicamente el tiempo se mostró descortés con *Terramoto* y he aquí que en Alicante, donde nunca llueve, el día de la fiesta se encapotó el cielo, y tuvimos hasta mediâ docena de ligerísimos chubascos, que en cualquier otro clima habrían pasado inadvertidos casi, pero en la linda ciudad levantina fueron bastante para retraer a mucha gente, con el consiguiente disgusto de Antonio de la Villa y Fernando Gillis, empresarios de la función.

El 8 de junio le fué confirmada a Manuel en Madrid esa alternativa por Julián Saiz Martínez, *Saleri*, que le cedió un toro de Pepe Aleas. También alternó *Fortuna* con el recipiendario.

El día 23 de octubre en la plaza de Carabanchel, "Vista Alegre", toreó la última corrida del año, cerrando la temporada con 52 fiestas y 102 toros estoqueados.

Don Ventura, al juzgar su labor en *Toros y Toreros* en 1919, se expresa como va a verse:

"Es indudable que las posiciones que ocupa su hermano Juan le han procurado a Manolo el acceso al lugar donde se halla (pues comparte con Mejías el tercero en orden al número de las corridas toreadas) y esto hará que muchos compañeros renieguen del influjo familiar, que en todos los órdenes de la vida deja sentir sus efectos.

"Manolo es bullidor, nervioso, valiente y hábilido. Su escasa estatura le obliga a moverse, pero

está cerca, hiere con habilidad, y como su talla y su aspecto predisponen en su favor y, además, suele mostrarse siempre con grandes deseos de agradar a los públicos, consigue que éstos le aplaudan sin reservas, quedando las más de las veces complacidos de la decisión del segundo de la dinastía belmontina."

De la campaña de 1920, es *Don Luis* el que hace el resumen en *Toros y toreros*, diciendo de Manolo:

"Ha toreado menos que el año pasado; pero su campaña, por lo que se refiere a los resultados artísticos, ha sido en general bastante buena, habiéndose hecho aplaudir con entusiasmo en no pocas corridas.

Aparte lo que pueda favorecerle la influencia de su hermano, es de justicia reconocer que Belmontito reúne méritos suficientes para ocupar dignamente un puesto entre los matadores que pudiéramos llamar de segunda categoría. Para ello tiene bastante con su innegable valor y con la gran voluntad que pone para que su labor merezca el beneplácito del público."

Empezó la temporada toreando en la Barceloneta los días 4 y 5 de abril, y en la misma plaza la terminó el 10 de octubre, con 37 corridas y 81 toros estoqueados.

Vino 1921, la temporada actual y el cartel de Manolo, por todas las razones expuestas en el capítulo anterior, permanece en ese punto que pudiéramos llamar la divisoria entre la boga y la indiferencia, y hay que reconocer no obstante que el muchacho pone de su parte cuanto puede para que las gentes tengan en cuenta su labor y no el apellido que lleva.

¡Pero en vano!

Una veintena de corridas hasta el presente (fines de julio) en las principales plazas, y de esa veintena bastantes en las que el muchacho ha puesto toda la carne en el asador, son su haber en lo que va de temporada.

Y aquí podía terminar por hoy su historia, si hubiéramos de limitarnos a una simple enumeración de datos.

No podemos limitarnos a eso; con lo dicho no parecería el lector elementos de juicio bastantes para saber a qué atenerse respecto a este torero que, más o menos elevado, tiene un puesto en la tauromaquia conquistado a fuerza de buen deseo y de innegables aptitudes para la lidia de reses bravas.

Pero antes de ofrecerle al lector los elementos de juicio anunciados, séame permitida una ligera digresión, que mucho sentiría que le resultase enojosa, pero que no podrá menos de convenir en que es pertinente.

En estas páginas se ha dicho, o se ha querido dar a entender, que los públicos no son absolutamente justos con Manolo Belmonte, y eso merece una explicación.

Cada día que pasa me voy confirmando más en la idea de que quien realmente entiende de toros es precisamente el público, la gran masa, lo que despectivamente se suele llamar "galería".

Las mil personas de un tendido, me refiero a una plaza en que se den con frecuencia espectáculos tauromacos, que en la mayoría de las ocasiones darán la nota justa respecto al mérito de un lance, y con su aplauso o su censura subrayarán oportuna y equitativamente una faena, probablemente si individuo por individuo se los examinase, en su mayoría merecerían una nota muy baja como aficionados.

Obedece seguramente el fenómeno a que, como ha escrito alguien, que no nombro porque ya he dicho que quiero rehuir en estos trabajos de todo alarde erudito, aún de aquellos de la más barata y modesta erudición; obedece a que el hombre así que se agrupa es rebañío, pierde su individualidad y piensa y siente, y sigue los impulsos de la masa, que un innomi-

nado, un incógnito, dirige sin pretenderlo, como sin saberlo representa el espíritu y el anhelo de la multitud, dada la situación, el estado especial de ánimo de la tal multitud en el instante de que se trata.

Es muy frecuente que "buenos aficionados" se equivoquen sobre el valer de un torero cuando éste se halla en los comienzos; rara vez se equivoca el público, la "galería", que no aquilata, no analiza, desconoce el "por qué", pero instintivamente, guiándose por el instinto, sabe a qué atenerse.

Se me dirá que también los públicos se han equivocado y yo repetiré que lo que ha podido pasar más de una vez es que tal o cual diestro hayan defraudado las esperanzas que hiciera concebir, en todas las ocasiones por que el miedo ha venido a interponerse entre el torero y su porvenir, anulando aptitudes que existían positivamente.

Con excepción de esos casos, en que los que varían son los toreros, el público acierta siempre, siempre tiene razón, sobre todo cuando por campañas tendenciosas o interesadas no está prevenido en favor ni en contra, y aún así pronto vuelve por sus fueros la razón.

Cuando no se es "galería", cuando no se quiere ser "galería", entonces imperan los prejuicios de técnica, de escuela, de simpatía, de amistad, de rencor, y nuestros dictámenes, con muchos considerandos y muchos resultandos van allá donde nuestras pasiones los llevan.

Así, pues, como es el público el que más desinteresadamente juzga, para mí él es el que más sabe de toros, y no me contradigo al sostener que en el caso concreto de Manuel Belmonte, por la doble particularidad de ser éste bajito de estatura y hermano de un gran torero, lucha con dos graves inconvenientes, para la consolidación de una fama a que su esfuerzo le hace acreedor. El público en los tendidos,

con su aplauso, con sus demostraciones de agrado, concede a Manuel sin regateos lo que ante la fiera, en el ruedo, ha ganado el diestro; pero el público en la calle, es decir, cuando ha dejado de ser público, y juzga no por impresión sino por reflexión, duda de sí mismo, de sus anteriores arranques, y se rebela ante la idea de que el segundo Belmonte haya toreado por imposición del primero, y quita hierro a lo por él ejecutado, achacando a habilidad, traza, a truco, lo que sobre el terreno le había parecido arte y valor.

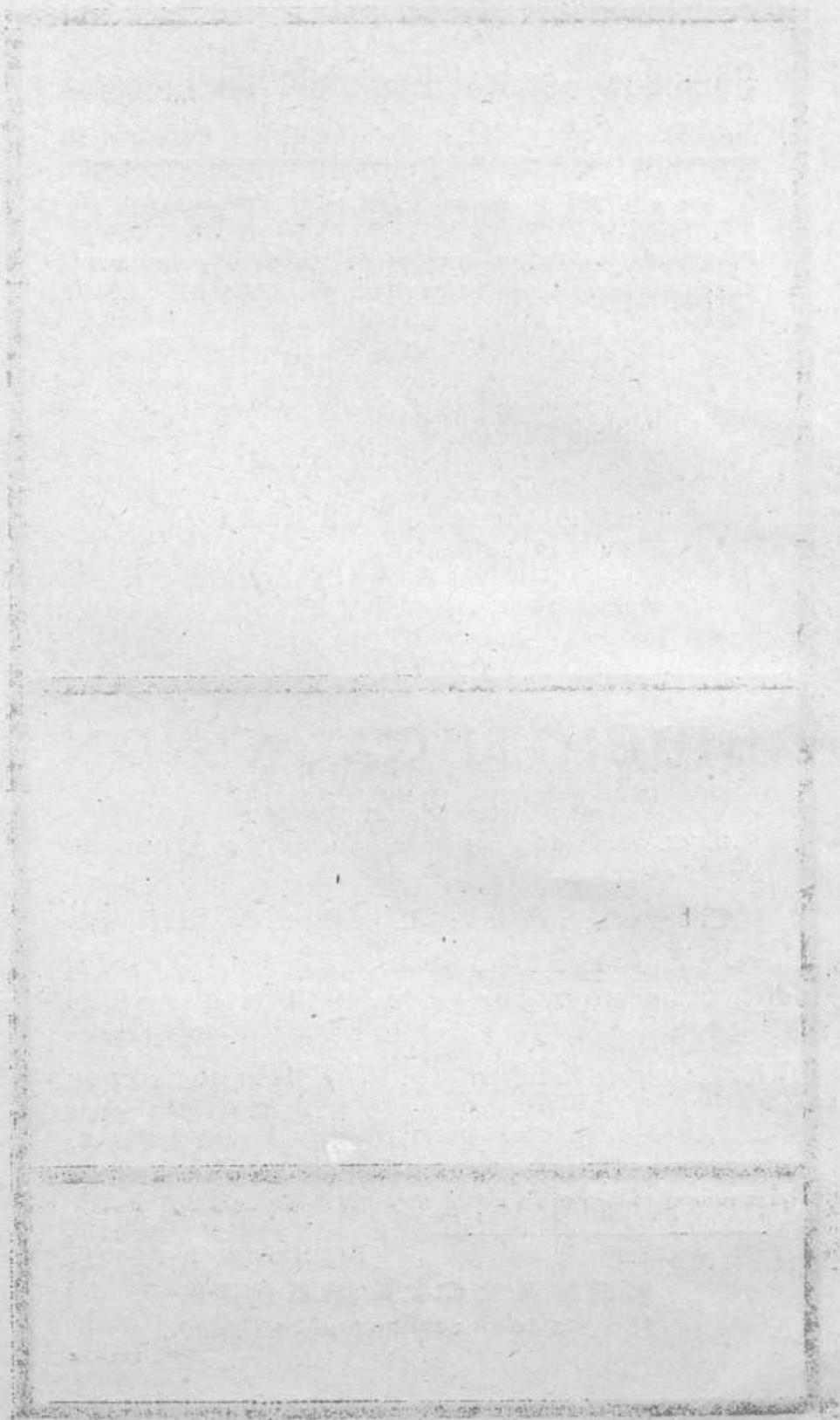
III

Manolo Belmonte torea de capa muy bien, por *verónicas, navarras, farolillos* y al *costado por detrás*; pero en quites es donde más luce su toreo alegre, variado, juguetón, al par que bravo.

Buen muletero, se defiende con el toro bronco, y saca partido del suave y dócil. Con la espada no ha logrado suplir la falta de dominio con la habilidad y si las reses no descubren y le enseñan el morrillo, suele haber más que palabras en ese trance.

Muy simpático en la plaza, muy activo, siempre con deseos de agradar, imparcialmente juzgado, tiene no poco mérito el que puede codearse sin desdoro con las primeras figuras, pues en esas corridas en que los toreros caros actúan es cuando el contraste se establece y se comprende la razón de ser de las categorías; *Belmontito* ocupa en ellas su puesto con decoro y llegado el momento de hacer acto de presencia lo hace y no pasa inadvertido.

FIN



Sociedad General Española de Librería

MADRID : Ferraz, 21 - BARCELONA : Barbará, 16

Los Ases del Toreo

Biografías y estudios críticos de los principales mata-
dores de toros de la actualidad, por UNO AL SESGO

Rafael Gómez GALLO

Luis Freg

Juan Belmonte (Nueva edición)

Julián Sáiz SALERI

Diego Mazquiarán FORTUNA

Manuel Varé VARELITO

Domingo González DOMINGUIN

Manuel Belmonte

Ignacio Sánchez Mejías (2.^a edición)

Manuel Giménez CHICUELO (2.^a edición)

Manuel Granero (2.^a edición)

BIBLIOTECA NINON

TOMOS PUBLICADOS

- V. Díez de Tejada : La Máscara Japonesa
Novela erótica 1 peseta
- J. Caballero Soriano : El sabor de la Gloria
Novela erótica 1 peseta
- El Caballero Audaz : Las dos vidas
1'50 pesetas
- E. González Rigabert : Estela no se casa
1 peseta

EDICIONES ALFA

TOMÁS ORTS - RAMOS

NENA CLEMENTE

(Novela de un sentimental en Cuba)

TRES pesetas